



José Luis Martínez Agüero o los muebles hechos artesanía

TEXTO Y FOTOGRAFÍAS: Aurora Martínez Ezquerro

José Luis Martínez Agüero (Pepe, como le gusta que le llamen), nació en la capital riojana por el año 1922 y desde muy joven se dedicó a trabajar en el mundo de la madera. Su juventud estuvo marcada por la guerra, y su madurez, por la posguerra; pero poco a poco fue encontrando un lugar en aquel oficio que le diferenciaría de por vida: la ebanistería.

Resulta emotivo entrevistar a mi padre -soy la tercera de sus cuatro hijas- porque siempre he sentido una admiración callada por él. Su inteligencia natural le permitió ir más allá de la simple creación de un mueble. Recuerdo a mi progenitor, lapicero y papel en ristre, diseñando sus trabajos de ebanistería: diferentes escalas, distintas perspectivas y todas las piezas dibujadas para que la armonía fuese perfecta. Era una ciencia innata que dominaba y que precisaba para su fin: crear muebles cuyas piezas estuviesen inmejorablemente ensambladas, dos milímetros podían desequilibrar la perfección buscada. Tal trabajo de composición geométrica definía la esencia de su quehacer.

A punto de cumplir ochenta y seis años, veo a Pepe sentado, expectante, un poco cansado, con sus nudosas manos entrecruzadas, dispuesto a responder con ilusión y emoción a las preguntas que forman parte de la presente entrevista.

-Me acuerdo de cuando me contabas que empezaste a trabajar a los 14 años...

-Primero empecé a trabajar durante unos meses en una farmacia porque mi hermano tenía que ir al frente, sí, tenía 14 años recién cumplidos. Pero dejé la farmacia porque tenía que hacer todas las mezclas tóxicas a mano y era peligroso. Entonces me puse a trabajar en una ebanistería de la calle Mayor porque los oficiales se habían ido a la guerra y necesitaban mano de obra.

-¿Y qué trabajos realizabas en esa ebanistería?

-Al principio estaba en el banco del oficial ayudándole a sujetar los muebles y barriendo. Los aprendices íbamos los sábados con las virutas metidas en cestos a la panadería "Primi" y se los vendíamos porque las usaban como combustible para el horno, nos pagaban por cada cesto unos 20 céntimos.

Cuando ya era "medio oficial" empecé a hacer un tipo de dormitorio que era siempre igual, porque no hacían muebles de encargo, todos se llevaban a una tienda. Cada trabajador tenía un mueble asignado. Yo empecé haciendo mesillas porque era lo más sencillo, había un maquinista que preparaba las piezas y yo las unía con una cola que era de pastilla, se picaba y se ponía a mojo, decían que la sacaban de la carne de los caballos, se llamaba cola caliente. Cuando los tableros eran grandes se utilizaba la cola de caseína, que venía de Argentina.

-Siempre me has contado que en aquella época se pasó mucha hambre, ¿cómo recuerdas el Logroño de aquellos tiempos?

Te daban 100 gramos de pan al día y se compraba todo de estraperlo.





En las tabernas ponían alubias y la gente iba allí a comerlas porque en las casas era difícil que hubiera.

-¿Qué hiciste después de trabajar en la primera ebanistería?

-Me di cuenta de que ya no aprendía más y mi padre me buscó trabajo en otra ebanistería que estaba en la calle República Argentina. Los muebles se hacían de encargo y como eran piezas diferentes aprendía más, siempre había un maquinista que sacaba la madera. Aquí estuve desde los 17 a los 20 años, al cumplir 20 me marché al ejército y estuve tres años en el Valle del Baztán. Cuando volví, trabajé en el mismo taller porque tenían obligación de mantener el puesto y estuve tres años más. Tenía un compañero con el que alquilé un chamizo (un bajo) en la calle San Roque y cuando terminábamos la jornada en la ebanistería -sobre las 6 de la tarde-, nos íbamos a trabajar ahí hasta las 10 de la noche y hacíamos muebles por nuestra cuenta. Nos

empezó a facilitar trabajo un decorador que se dedicaba a amueblar pisos y tiendas. Pero con el tiempo



fuimos teniendo mucho trabajo en el chamizo, así que buscamos un pabellón en la calle Pérez Galdós y nos despedimos de la ebanistería. Después mi compañero se puso a trabajar con un hermano y me quedé solo con el taller yo solo. En esa época se empezaron a construir casas en la calle Gran Vía y ahí empecé a tener muchísimos clientes.

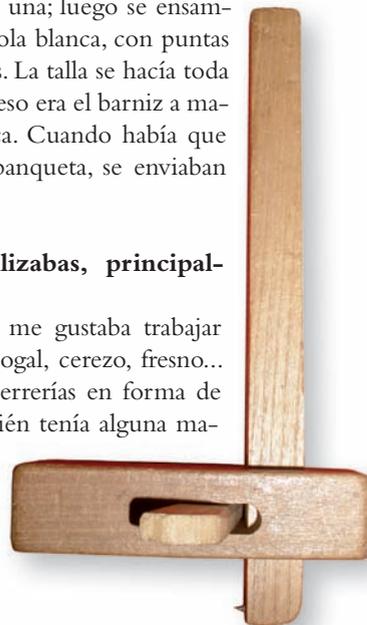
Costaba mucho tiempo hacer un mueble; por ejemplo, para un dormitorio completo se podían emplear hasta 600 horas de trabajo.

-¿Cómo esta organizado el taller y qué hacías?

-Estábamos cuatro personas y cada una tenía su banco de trabajo: el tallista y tres ebanistas. Yo preparaba todos los trabajos y cuando estaban acabados, se llevaban al barnizador. Primero preparaba los dibujos, para ello se sacaban plantillas en tablerillo o en cartón de todas las formas que podía haber; después se cortaba la madera que estaba en tablones, éstos se cortaban con la sierra para darles la forma; si tenían molduras se ponían con el tupí y se iban lijando una a una; luego se ensamblaban las piezas con cola blanca, con puntas y se ponían los aprietos. La talla se hacía toda a mano. El último proceso era el barniz a mano a base de goma laca. Cuando había que tapizar alguna silla o banqueta, se enviaban al tapicero.

-¿Qué maderas utilizabas, principalmente?

-Como todo ebanista, me gustaba trabajar con maderas nobles: nogal, cerezo, fresno... que compraba en las serrerías en forma de grandes tablones; también tenía alguna madera tropical, que solía ser de Guinea. El haya era muy cómoda para





trabajar porque se podía teñir del color que se quisiera.

-¿Cuáles eran las herramientas que utilizabas habitualmente?

-Formón, para cortar la madera y hacer cuñas; serrote, para cortar las espigas; escofina, para desgastar la madera; ramplús, para señalar dónde se hacía un agujero; bastrén, para hacer formas curvas, si bien se utiliza sobre todo para las sillas; cepillo, para desgastar la madera y darle formas; garlopa, para cepillar maderas grandes; gubia, aunque la usaba más el tallista, para hacer alguna forma; tenazas, martillo...

-Cuando veo las cómodas que hay en tu casa, imagino el largo proceso para realizarlas...

-Costaba mucho tiempo hacer un mueble; por ejemplo, para un dormitorio completo se podían emplear hasta 600 horas de trabajo. Gustaban mucho en aquella época los estilos llamados Luis XV y Luis XVI. La pieza que más tiempo costaba hacer era la cómoda panzuda por las curvas que tenía en dos sitios, era muy engorroso dar la forma a los cajones porque todas las formas se hacían a mano con los bastrenes. Y para pegar las chapas había que usar sacos de serrín caliente y aprietos. Costaba unas 150 horas hacerla, además llevaba mucha talla.

-Tuviste una época boyante en la que te pedían infinidad de trabajos...

-He tardado hasta dos años en entregar un trabajo. Nunca he querido utilizar máquinas porque siempre he hecho los muebles de forma artesana, todo lo hacía a base de mano. También se hacían muchos despachos de estilo. En Burgos hice en la Capitanía General el despacho del General Yagüe: todas las paredes estaban cubiertas de madera, y la mesa, las sillas y los sillones eran de caoba. Me acuerdo de que cuando estuvo el General Franco en Logroño, unos dos días, y se alojó en la Diputación, le decoraron todas las estancias con muebles he-



chos por mí y le hice para la ocasión dos camas. Actualmente pocas personas pueden pagar un dormitorio cuya mano de obra ascienda a 600 horas, ese tipo de muebles ya no se usan, las tallas a mano ya no se hacen...

-Estoy pensando en los hermosísimos muebles que has podido hacer, ¿hay alguno que te haya gustado en especial?

-Hicimos para una tienda de caramelos un gran mostrador de metro y medio: una panzuda con unos rombos de chapa en el frente; era un trabajo muy minucioso que se hacía con chapas pequeñas que se pegaban con la cola caliente y se ponían encima los sacos rellenos de serrín que se calentaba y le presionaba para que no se formaban engrudos. El mostrador tenía una encimera de mármol. Recuerdo que era una preciosa pieza. Cuando cerraron la tienda de caramelos, la vi como mostrador de una tienda de ropa.

-¿Cómo fueron los últimos años de tu vida laboral?

-Cuando me faltaban pocos años para jubilarme, hubo un plan parcial para urbanizar la zona donde tenía el taller, entonces tuve que desalojarlo. Ahora tengo el recuerdo de mis herramientas que a mi nieto, Darío, le encantan y las conoce todas.

